

IMAGINARIO Y ESPACIO DE REPRESENTACION

Néstor Tato

La cosa empezó el miércoles. Iba a pagar una factura a Edenor mientras trataba de representarme la noción del sujeto que tenía Hobbes: entender –dice- es el surgimiento espontáneo de imaginaciones ante un gesto, una palabra, un signo. Así lo dice: imaginaciones.

Cuando lo leí, asocié inmediatamente con el cogito de Descartes, que es co-gito, un movimiento interno que se produce “con” lo externo, que concomita con el mundo, o que responde a la estimulación externa.

Las “impresiones” que provocan imaginaciones son lo que hoy llamamos estímulos, considerados en el momento que impactan la sensibilidad. Y ésta se me apareció no como el conjunto de las diferentes actividades sensoriales específicas sino como un algo sensible intangible pero material, que recibe esas impresiones y las presenta a conciencia. Pero esa presentación ya está formalizada: memoria operó el reconocimiento del fenómeno que surge en conciencia.

Ahí recordé que la representación era la intersección del campo de memoria con el campo de percepción. (Erróneo, la representación es el fenómeno de memoria que invade el campo de presencia de la conciencia, según el vocabulario de Autoliberación). El caso es que gracias a ese error vi tres campos: el campo de memoria intersectando el campo de percepción (¿qué otra cosa es el campo de presencia? No creo que me haya equivocado tanto) en el campo de conciencia que se ocupa con una u otra, o esa mezcla de ambas que es la mentación ordinaria. El caso es que los tres campos se sucedían o superponían en esta visión de la dinámica ¿de qué? ¿De qué otra cosa podría ser que no fuera eso que los clásicos llamaban alma? Esos tres campos los veía como funciones del alma y sus predomios, ligados a los niveles de conciencia que ¿qué otra cosa puede ser sino el alma coordinando las actividades del cuerpo?

La representación, ese fenómeno de memoria que invade el campo de presencia de la conciencia, surge simultáneamente con la percepción, con el dato de sentidos estructurado por memoria.

Pero ya tenía enfrente al guardia de seguridad de Edenor tratando de ubicarme....

El viernes caminaba por San Isidro y ví mi imagen disparada hacia “la periferia del espacio de representación” o sea, lanzada hacia arriba y adelante, a algún momento por venir. Y en esa retahila de imágenes se me apareció la librería que está en la esquina del colegio de abogados y pensé que debía haber algo... y había, pero es otro tema aunque tenía que ver con éste (el libro que descubrí y compré se llama “Las representaciones del paciente y el terapeuta”, oh, casualidad y trata de las representaciones, interesante).

Pero la ilación que se disparó y apunté rápidamente, se desarrolló después en el tren, como sigue. Gracias a ese disparo de la imagen de sí (de mí), comencé una divagata donde ví de pronto que la imagen de sí era centrípeta pero ¿cómo? Si centrípeta es la acción del centro de gravedad y la imagen de sí no es el centro de gravedad. Más bien, parece ser el polo opuesto.

Pero sí, centripeta porque atrae ¿qué? Constela las imágenes de situación, anticipa lo que el argumento situacional tiene como reserva de expectativas para el sujeto.

La imagen de sí está configurada según el patrón situacional que se encuentra actuando en el momento que se la considere. Ese patrón, esa cifra o guión básico del argumento situacional está codificada tanto por la pauta que guarda la memoria como la expectativa que brinda el argumento que se está desarrollando afuera, en presencia. Aunque también esté determinado en parte por la memoria.

La imagen de sí busca el afuera porque a él pertenece. Está constituída por las expectativas, las aspiraciones condicionadas, matizadas por la mirada ajena y la experiencia biográfica, una mezcla de proporciones variables según el caso.

Así, la imagen de sí pertenece al imaginario pero no es una imagen entre otras y tampoco es una. El concepto “imagen de sí” responde a la abstracción de las variadas imágenes de sí que actúan como trasfondo situacional y mutan según la situación.

El famoso “efecto culatazo” de Ortega se plasma en una imagen que se monta sobre la representación especular del cuerpo (su imagen externa o lo que de él puedo ver) y carga con los atributos que uno idealiza, en tanto imagen de sí para uno, cuando uno la piensa. Porque la imagen de sí es siempre la imagen que tengo yo, o sea, referida a mí, el concepto de imagen de sí es imagen de mí.

Pero también carga con las habilidades e inhabilidades que uno se atribuye en cada situación o mejor, con los atributos que cada situación habilita a vivir.

El mundo donde habita la imagen de sí es el mundo real ... pero representado. O sea, el mundo que es para mí. Porque desde mí, desde mi punto de vista todo es para mí y la perspectiva de todo es desde mí. Aún cuando ejerza esa distorsión radical que es pretender que puedo hablar “objetivamente” de lo que me rodea. Como visto desde otro lado, un afuera imaginario desde el que (imagino) que veo todo “como es”, incluso yo, visto desde afuera. Que así soy ¿acaso se puede discutir tal cosa? Sin percatarme que esa visión externa de las cosas y de mí mismo es pura imaginación.

Por tanto, el mundo donde habita la imagen de mí, ese mundo que en realidad (aunque no lo perciba) imagino, *es el mundo que yo vivo*. Aunque crea que es el mundo *donde vivo*. Lo que presupone que el mundo es como es, con independencia de cómo lo percibo.

De modo que ese mundo que es *para mí y desde mí* lo vivo, es el mundo cuya vivencia habilita la imagen de sí con sus habilidades e inhabilidades. Esa habilitación de la imagen, ese moldear la imagen de sí que parece provocar la situación, se produce desde el imaginario donde habita la imagen de sí.

Ese imaginario no es el espacio de representación sino una suerte de trasfondo constante que acompaña lo vivido en el campo de presencia. Se presenta sin volumen, “en pantalla” y desde allí alimenta el pensamiento que orienta la acción. Porque, si bien es la imagen la que actúa sobre el cuerpo promoviendo su movimiento, desde la vivencia es el pensamiento el responsable de lo que hago. O sea, lo que yo hago con esas imágenes. O más preciso, lo que las imágenes hacen conmigo.

Esto no es ni divergente ni contradictorio: “la imagen” es la que mueve al cuerpo pero es el pensamiento el que opera las imágenes en una dirección, en un lugar, en un momento. Cuando el pensamiento no contempla estas variables, cuando uno no emplaza lo pensado en un tiempo y lugar con una dirección, uno queda a merced de las imágenes que surgen espontáneamente. Por lo general, desde la inhabilidad o su compensación, que no otra cosa son el pensamiento negativo y la fantasía. Y si se dispara conducta uno suele actuar en dirección contraria a lo deseado o en el ámbito equivocado o el momento inoportuno (o deja pasar la oportunidad con la inacción). A menos que actúe la inspiración y entonces lo pensado es desplazado de manera integral por una configuración imaginaria enviada por los dioses.

El imaginario es el ámbito de despliegue para el pensamiento y habitualmente lo encontramos como flotando en el límite corporal de la frente, “en la pantalla” como dije antes, “arriba y adelante”.

En esa zona que es ningún lugar, la imagen de sí actúa constelando imágenes a futuro, prefigurando situaciones, o sea, emplazándose ella en esas imágenes de futuro... *ella, que soy yo*. Pero ese emplazamiento a futuro ¿es “a” o “en” el futuro? Eso, depende de mí. La imagen de mí prefigura las situaciones que “voy a vivir”. Emplazándose en algún punto del futuro, ella me emplaza a mí imaginariamente en ese futuro.

Desde ese emplazamiento imaginario se puede disparar el ensueño, que es lo que sucede habitualmente, o puede quedar plasmada una imagen de proyecto a desarrollar, como desarraigada, sin contexto. Porque es imagen, primariamente, de mí, más que del contorno.

Porque es más cómo me voy a sentir (imagen cenestésica) que dónde o cuándo voy a sentir. Ni qué decir que carece también de para qué, la dirección de esa vivencia. Desde ese “ningún lugar ni tiempo” no tracciona, no me chupa hacia ella. Ni me lleva al futuro ni me trae el futuro.

Aparentemente, la imagen de mí se ubica “en situación”, afuera, allá “donde está la acción”. En la realidad, donde está la promesa de estímulo para mis sentidos, para mi cuerpo, que es lo que me atrae. Cuando conecto con esa estimulación y me toma, la imagen situacional suelta su argumento y “me hace”. Caigo en el ensueño y me lo vivo todo. Busco agotarlo, vivírmelo, agotarme. Descargar.

En cambio, si la imagen de mí soy yo, el registro de estar viendo la situación desde este polo, me conecto con la tensión que produce la promesa de estímulo que brinda ese complejo situacional imaginario, que “está allí”, afuera, en el otro extremo. Entonces, esa tensión tracciona. El complejo imaginario ya no es plano, no está en pantalla sino que despliega el volumen del espacio de representación.

De ese modo, el futuro está allí pero yo no estoy en él. Estoy aquí en este extremo, presente, tendido hacia él pero sin entregarme a la imagen que en ese emplazamiento es una imagen “a” futuro. Ella, esa situación que presenta, es para mí, porque yo no soy/estoy en ella.

Cuando “me veo” en la situación, cuando la imagen de mí está allí, el complejo de imágenes actúa centrífugamente, toma mi energía, me descarga.

La imagen de sí constela imágenes del mundo desde un futuro no preciso y actúa centrífugamente tomando mi energía. Del mismo modo, las situaciones que vivo en conciencia ordinaria toman mi energía. Estoy en ellas en el modo de la identificación. No estoy yo diferenciado entre sensación de mí e imagen de situación, sino que mi sensación de mí es desplazada por las del mundo y me pierdo, se desdibuja mi presencia ante la abrumadora presencia del mundo. Así, las situaciones me toman y me agotan, se alimentan de mi energía y sostengo el mundo.

Por lo contrario, la sensación de mí, de mi estar aquí, enfrentado al futuro o a la circunstancia presente, concentra mi energía en mí, actúa centrípetamente, alimentando mi centro.

De modo que hay un circuito que es como en el plano, de imagen de sí a imágenes de situación, un circuito en el que estoy como inmerso en la situación externa (imaginaria), un circuito externo en el que mi energía circula como por afuera, desde la imagen de mí (externa) a la situación en que está, también externa. Así, yo no crezco y la situación manda.

En cambio, el circuito yo-circunstancia genera realidad, multiplica su dinámica al incorporarme como polo activo y aumenta sus posibilidades, que son las mías. Entre yo y el mundo se monta un circuito interactivo donde el centro gravitatorio soy yo. La energía parte de mí y vuelve hacia mí.

Emplazado frente al mundo, la energía que lanzo refuerza el centro de gravedad al mismo tiempo que va al mundo.

Así ambos circuitos son configuraciones mentales que varían según el emplazamiento de la imagen de sí, según *mi* emplazamiento.

En el circuito plano la escena se desarrolla, gobierna y toma la energía. En el circuito profundo la energía retroalimenta ambos polos y la tensión refuerza mi sensación de presencia, el centro de gravedad.

El primero configura la situación como un complejo que me es ajeno y me toma. Me desintegra. El segundo se integra a mi dinámica y me integra a su dinámica, tejiendo la realidad.

La imagen de sí, como imagen plana en la pantalla, cuando se mueve hacia el centro deja de ser *imagen* de mí para ser *sensación* de mi presencia, cobrando volumen. Y el desplazamiento sobre ese eje, ese movimiento es el sostén de la realidad, tanto más consistente cuanto más próxima al centro; tanto más semejante al sueño cuando se aleja del centro hacia afuera. Hacia adentro, “yo” se va desprendiendo de su investidura imaginaria, perdiendo “materia” de sensación, hasta quedar un leve punto de mira.

Ese movimiento de los campos, el superponerse la representación sobre la percepción, la copresencia sobre la presencia, trayendo el futuro sobre el presente, envolviendo el paisaje al que mira, mezclando mirada y paisaje para dejar tras de sí otra vez al que mira, ese misterio instantáneo de la realización que es la acción, me hizo asociar con los movimientos de un telar. De ese modo la conciencia va tejiendo la realidad con nudos imaginarios.

Y antes de todo esto, charlando el martes con Fernando en un instante ví cómo una imagen se separaba de sí surgiendo dos, y en la diferencia me pareció advertir que anidaba el tiempo.

Buenos Aires, mayo 20 – La Reja mayo 24, 2016